

Promesas huecas

Aquel lugar tan enigmático me traía recuerdos. Malos y buenos recuerdos; de esos que piensas de vez en cuando de los que, o bien te arrepientes, o bien te enorgullecen. El ambiente silencioso y la penumbra que me envolvía me conmocionaba. Bastante. Quizás hubiera deseado no acabar aquí al fin y al cabo, mas no podía cambiar el destino.

Había alcanzado una conclusión, y, es que sí, había muerto.

Era reconocible. Puro instinto. Cualquier persona que pasara por aquí se daría cuenta en cuestión de segundos, o minutos, también dependería de cuánto lo quisiera aceptar.

El mero hecho de que lo único que pudiera hacer era pensar me descolocaba. Si estuviera vivo se podría haber dicho que me estaba trastornando.

En vida, era un chico como cualquier otro, uno de esos que ves por la calle y no atisbas a la mínima.

A pesar de eso, puedo decir que era muy simpático; o eso intentaba. Trataba de sacar una sonrisa a quien fuera. Incluso cuando todo me iba mal. O sea, la mayoría de veces.

Mi familia era el prototipo estricto y antisocial que no dejaría jamás que sus hijos hicieran otra cosa que no entrase en sus costumbres o principios paternos. Principios y pensamientos los cuales, casualmente, no suelen compartir con sus descendientes.

Mi madre era muy callada, se podría decir que sumisa. Discreta, casi invisible. Pasaba la gran parte del tiempo en la cocina.

Mi padre, por otro lado, era inevitablemente opuesto. Donde ella callaba, él hablaba. Donde ella obedecía, él ordenaba. Nunca se guardaba sus pensamientos; debía compartir toda información inútil a los cuatro vientos.

Para mi desgracia, puesto que mi madre obedecía todo lo que él decretaba, debía vivir como él dijese. Así como en una dictadura.

Aquello era opresivo y nocivo, aunque no por completo.

Mi padre creía que controlándolo todo me haría mejor. No sabía que, en ese intento, me estaba llevando directo a la única persona que me hizo sentir libre: Georgie.

Conocí a Georgie cuando apenas sabíamos leer. Era un chiquillo gordito que encajaría a la perfección con esa frase que dice que alguien está “rellenito de amor”. Y no era una exageración: era la persona más vivaz y amable que había conocido, aunque tampoco era de extrañar.

Crecimos juntos y fuimos al mismo colegio privado. Georgie y yo éramos uña y carne; nos encantaba jugar, inventar mundos absurdos y hacer todo aquello que hacen los niños cuando aún no les importa demasiado lo que opinen los demás.

A veces se reían de nosotros. De él por su cuerpo, de mí por ser flaco, llevar gafas y parecer más raro de lo que en realidad era. Pero cuando estábamos juntos, nada de eso parecía tener importancia.

Recuerdo una tarde en el patio, sentados en el suelo, cuando Georgie me miró muy serio y me dijo que siempre seríamos amigos. Que pasara lo que pasara, seguiríamos estando el uno para el otro. Yo asentí sin dudarlo. A esa edad, las promesas se hacen fáciles, porque aún no sabes lo que cuesta cumplirlas.

Durante años fue verdad. Éramos felices en nuestra pequeña burbuja, convencidos de que nada podía romperla. No sabíamos que crecer también significaba elegir... y que no todos eligen quedarse.

A mí me miraban como si sobrara; a Georgie, como si estorbara.

Los años fueron pasando y, ya en el instituto, dejó de ser tan valiente como antes. Solía defendernos y dar la cara, pero ya no lo hacía. Sus frases provocadoras hacia los demás se habían transformado en un simple “déjalos, no les hagas caso”, siempre dirigido a mí. Como si el verdadero problema fuera sentirlo.

La primera vez que no dijo nada fue casi imperceptible. Uno de ellos soltó un comentario, de esos que se clavan aunque finjas no oírlos. Yo miré a Georgie, esperando algo, cualquier cosa. Pero él bajó la mirada y se limitó a encogerse de hombros. No fue una traición, todavía. Fue solo un silencio.

El día que se fue con ellos tampoco fue dramático. No hubo discusiones ni despedidas. Simplemente, cuando sonó el timbre, no se quedó a mi lado. Caminó unos pasos por delante, rio con los otros y no miró atrás. Yo me quedé donde siempre, con la sensación de que algo se había roto sin hacer ruido.

Me había quedado solo y a nadie le importaba. Porque es así, si no alzas la voz primero, el mundo decide no escucharte.

Después de que Georgie se apartara, todo se volvió gris. Los días se arrastraban unos sobre otros, idénticos y vacíos, como si la rutina quisiera borrar cualquier rastro de mí. No había risas, ni juegos, ni siquiera pequeñas promesas de consuelo. La escuela dejó de ser un patio lleno de mundos inventados; era un espacio donde cada mirada me recordaba que sobraba, que nadie esperaba nada de mí, que el mundo continuaba girando sin tenerme en cuenta.

A veces me preguntaba si alguien habría notado que ya no sonreía tanto, que ya no intentaba agradar. Nadie lo hizo. Las sonrisas que alguna vez había podido ofrecer servían solo para los demás, nunca para mí. Y mientras tanto, el cuerpo que se me escapaba por dentro, la enfermedad que había aprendido a ocultar y que mantenía a raya con pastillas, se convertía en una sombra constante, silenciosa y devastadora. No era juego. Nunca lo había sido.

Algunas veces, alguien movía mis medicinas de lugar, o desaparecían por horas. Nadie le dio importancia. Para ellos era una broma, un detalle menor. Para mí era el recordatorio de que no había protección posible, ni de amigos, ni de familia.

Mi vida, ya miserable, se volvió todavía más frágil, como si cada risa ajena fuera un recordatorio de mi propia vulnerabilidad.

Y entonces, al final, lo entendí todo: no era solo que las promesas se hubieran vaciado, no era solo que Georgie se hubiera ido. Era que toda mi vida había sido un equilibrio sobre un hilo invisible, sostenida por cosas que los demás consideraban insignificantes. Todo lo que yo creía seguro —la amistad, las rutinas, incluso la medicación— podía desvanecerse sin previo aviso.

Hasta el último momento, nadie supo lo que luchaba por dentro. Ni siquiera yo. La promesa de Georgie, la promesa de cualquier otro, incluso la promesa que yo mismo me había hecho de sobrevivir y ser feliz, se revelaron huecas. Y así, en silencio, con los días idénticos y la soledad como única compañera, comprendí que las promesas no siempre se rompen: a veces solo se vacían.